

UNO

Tras evitar por el flanco occidental la mole de hielo vítreo de la Peña Oroel, el convertiplano disminuyó su velocidad de vuelo. Una módica suma deslizada por el bolsillo del mono de su piloto, me había permitido instalarme con un arnés ante la portezuela de acceso posterior, ahora entreabierta. A pesar de ese viento gélido que penetraba en la bodega del pasaje, logré tomar una rápida secuencia de fotos digitales de la roca apodada como Esfinge Blanca del Pirineo: era difícil precisar cuándo volvería a sobrevolar aquella montaña de aura lúgubre, trágicamente famosa desde los accidentes de escaladores de los años 2019 y 2022... Un rebufo violento me succionó hacia el exterior del aparato, amenazando con arrojarme sobre la Jacetania a pesar de mis amarres. Recién cumplidos los cuarenta tacos, me había jurado a mí mismo evitar situaciones de riesgo como aquella sólo por obtener una imagen más para el archivo. Pero la condición de fotógrafo de naturaleza impregnaba cada aspecto de mi existencia de un modo tan despótico que siempre terminaba arrinconando las advertencias del sentido común. Quizás por ello, mi esposa abandonó nuestro

domicilio madrileño poco antes de que yo emprendiera este viaje...

—*¡Yòb twojemadj!*

—*¡Dábai, dábai!*

—*¡Tschort!*

Las protestas de los pasajeros, casi todas en incomprensibles lenguas eslavas, animaron a cerrar el portalón al jefe de carga, a quien no me había molestado en sobornar. Ninguno de mis cuatro compañeros del equipo de la Radio Televisión Aragonesa acudió en mi defensa cuando llovieron los improperios, ahora ya en el idioma de Cervantes y entre pronunciaciones pintorescas:

—¡Nos va a derribar un torbellino por culpa de ese gilipollas!

—¡Imbécil! ¡Cabronazo!

—¡Cierra ya, mamón...!

El capitán al mando del aparato advirtió por megafonía que nos aproximábamos al helipuerto de Jaca. Escoltado por miradas de odio generalizadas, volví al asiento para ajustarme el cinturón de seguridad. Desde aquí, poco podría obtener: la ventanilla que me correspondía se mostraba tan rallada que no consentiría ni una instantánea. Y, aparte de la proa de esa Peña Oroel forrada en hielos verdiazules que dejábamos atrás, nada iba a merecer el esfuerzo de quitar la tapa de mi objetivo: a nuestros pies, la llanura por donde antaño discurriera el río Aragón se exhibía tan congelada como Siberia Oriental. En cuanto a las cimas del Pirineo, permanecían con el aspecto malhumorado de costumbre, envueltas entre nieblas persistentes y tormentas árticas: un paisaje irreal fingiendo aguardar la llegada de un Santa Klaus de pesadilla con su tiro de doce renos carnívoros. Así transcurría ese primer tercio del siglo XXI que nos tocaba en suerte vivir.

Nuestro vuelo desde el aeropuerto de Huesca había sido autorizado gracias a dos circunstancias favorables: los eurodollars depositados en las arcas del Ejército por la Radio Televisión Aragonesa y una inusual bonanza del tiempo que imperaba durante los diez meses del incorrectamente denominado invierno nuclear pirenaico. Aquella tarde, las habituales rachas de viento de hasta cien kilómetros por hora se suavizaron lo suficiente como para que nuestro aparato, un V-22 *Osprey*, se arriesgase a tomar tierra en la pista de la antigua Escuela Militar de Montaña. Hacía años que el aeródromo de Santa Cilia de Jaca estaba fuera de servicio debido a los periódicos accidentes por turbulencias; la mayoría, con generoso recuento de víctimas mortales y portadas a toda página en la prensa sensacionalista.

A despecho de lo azaroso del viaje, nuestro equipo de filmación no dudó en aceptar un permiso del Parque Internacional del Pirineo en cuanto se dieron las condiciones meteorológicas mínimas. El productor llegó incluso a postergar otro trabajo previsto en Islandia: un reportaje sobre las investigaciones de Flynn y Zhou para crear hielo verde sobre la corriente del Gulf Stream, con objeto de aumentar la temperatura de las aguas del Atlántico Norte... En aquella propuesta de la Universidad de Alberta podía hallarse la solución para equilibrar uno de los peores efectos del cambio climático: la amenaza de una nueva glaciación que se cernía sobre buena parte del continente europeo... Como un relámpago, recordé la fobia de mi ex mujer a esa tendencia tan mía de improvisar conferencias medioambientales con la menor excusa: entre estas ecobatallitas y la adicción al trabajo, había arruinado nuestro matrimonio.

El zumbido bronco de los turbohélices en plena aceleración anticipó esos segundos inquietantes en los que íbamos a permanecer colgados del cielo entre zaran-deos salvajes, era el inicio de nuestra transición del vuelo horizontal al vertical. Con cierta angustia, observé por la ventanilla cómo las alas del aparato basculaban noventa grados sobre el fuselaje para orientar sus aspas hacia arriba. Por el sudor del jefe de carga, deduje que se trataba del momento más delicado del descenso: los esqueletos de diversos helicópteros de transporte surgían entre las nieves que rodeaban la ciudad de Jaca a modo de recordatorio sobre cómo las gastaba actualmente su enfuñada atmósfera.

En esta ocasión, hubo *happy end*. Nuestro piloto, un veterano que lucía distintivos de haber servido con la ONU en algún endiablado teatro asiático de operaciones, acertó a posar su cacharro de una sola pieza... Como la tormenta iba en aumento, la dotación de tierra, bien enfundada en sus trajes de supervivencia polar, se precipitó sobre las compuertas de extracción en cuanto el *Osprey* quedó amarrado a una de las varillas de acero que conformaban el enrejado de la pista de aterrizaje. A despecho de este enganche ventral, las rachas de viento siberiano comenzaron a sacudirnos de forma alarmante mientras abandonábamos el convertiplano. Me extrañó el comité de recepción que nos aguardaba fuera: una especie de frenéticos figurantes de festival de cine bélico con los fusiles de asalto *HK-636E* en bandolera. Que yo supiese, Francia todavía no tramaba declararnos la guerra.

Los soldados, como solía ser habitual en estos casos, se esmeraron en ayudar exclusivamente a la integrante femenina de nuestro grupo, ignorándonos al resto. Así, tuve que descargar los contenedores de material

junto a los técnicos de la Radio Televisión Aragonesa, padeciendo las burlas de varios ingenieros rusos de la empresa Geocontratas que viajaban con nosotros. Una colección de cortes en las manos fue el precio por poner en tierra los pertrechos de rodaje. Entre tanto, el *Osprey* había acogido en su bodega a la nueva remesa de reses humanas: un tropel de obreros de las compañías Bucyrus-Erie y Derek Crouch que, no sin alivio, abandonaba sus penurias en este mundo glaciario. Evitando los empenones y cargados como burros, introdujimos nuestro equipaje en la terminal.

—¿Eres el famoso fotógrafo *ecolojeta*? —escuché por mi espalda en cuanto quedó cerrada la compuerta estanca.

Un suboficial de la Guardia de Fronteras se interesaba por mí. El retintín puramente andaluz con el que aludía a mi *celebridad*, sin duda se debía a ese Premio Nacional de Medio Ambiente de hace un par de años por mis reportajes sobre las mutaciones en la avifauna del Guadarrama con el recalentamiento global... En cuanto al mote peyorativo, mostraba claramente el rechazo del estamento oficial ante mi defensa de las dos reintroducciones de lobos en el Parque Internacional de los Pirineos. Como de costumbre, a quienes hacíamos gala de conciencia ecológica, se nos echaba en cara incluso el actual ritmo de deshielo del Polo Norte.

—Soy Dani Requeno —me presenté.

El encargado de nuestra bienvenida a Jaca era un guardia bajito, embutido dentro de un mono ártico. De reojo, percibí al grueso de mis compañeros del programa de televisión esbozando sonrisas cómplices, regodeándose ante un previsible choque ideológico en el que se abstendrían de tomar parte. Segundos fuera y...

—Sargento Páez, de la Guardia de Fronteras —replíco con mayor curiosidad que antipatía en su mirada—. Los forestales del Parque no han podido acudir: uno está en paradero desconocido y el otro anda buscándolo... Tienes que venir para que te validen el permiso de filmación, *fisha*: es aquí cerca, en la comandancia... Luego irás al hotel. No te apures, ¡que ahora nunca hay *overbooking*!

En efecto, era difícil que el único alojamiento que funcionaba en Jaca durante todo el año, el histórico Hotel Muro, lograra alquilar sus habitaciones en pleno otoño. Solamente con los meses estivales colgaba su cartel de «completo»..., lo que ocurría después de que abrieran los escasos remontes en servicio de la estación de esquí de Candanchú. Por exceso de nieve, aquellas pistas quedaban clausuradas fuera del verano: una fina ironía del cambio climático en los Pirineos. ¿Que a comienzos del siglo XXI se lloraba por la falta de nieve para el deporte blanco y se decía adiós a nuestros glaciares...? La imprevisible Madre Naturaleza se había encargado de enviar al paro a los profetas, mientras nos ingresaba en lo que tenía visos de nueva edad glacial.

—¿Vienes o qué, *ecolojeta*? —el guardia andaluz me sacó de mis evocaciones de la vieja Jaca olímpica. Por lo visto, combinar los términos ecologista con jeta en su acepción de caradura, resultaba aquí popular. Un chiste escaso de gracia, sustituto del chascarrillo del *ecoloplasta*.

—Marchando, jefe, no se altere usted.

Una ojeada en dirección a los demás integrantes del equipo bastó para saber que nadie me acompañaría en las romerías administrativas. Mis colegas centraban su atención en las evoluciones de los ingenieros de Geo-

contratas: aquellos esclavos salían ya hacia el hotel, tras ajustarse sus monos estancos con unidad de calefacción autónoma, el último avance en protección contra el frío.

—¡Joder, marca -40° y en descenso! —se oyó con ese acento ruso tan típico de los operarios de las constructoras.

—Da, da, gospodín... ¡Dotsvidania!

Vivíamos en un país absurdo, mientras que los hispanos más avispados habían emigrado hacia las templadas costas de Escandinavia o Canadá, nuestro territorio se veía poco menos que colonizado por toda suerte de razas árticas... Desentendiéndome de la pandilla televisiva, seguí al sargento de la Guardia de Fronteras después de asegurarme de que mi atuendo de una pieza tuviera sus cremalleras dobles selladas. Únicamente los técnicos de imagen y sonido lamentaron esta deserción pues, en mi ausencia, deberían apañárselas solos para el traslado de nuestros bártulos hasta el alojamiento. Ni que decir tiene, para este tipo de cometidos no se podía contar con la presentadora, o actriz invitada, o lo que fuera que fuese el quinto miembro de nuestro equipo...

En el exterior, los torbellinos dificultaban notablemente la visibilidad. La nieve hacía gala de un comportamiento enloquecido, agitándose entre bucles de copos espesos. Con la caída de la noche, aquel temporal iba a conseguir que el centenar de habitantes de la ciudad tuviera que arrebujarse dentro de sus madrigueras para no quedar congelados en plena calle. Por fortuna, sólo fue preciso doblar un par de esquinas sobre firmes resbaladizos para trasladarnos desde la terminal de embarque hasta el destacamento de la Guardia de Fronteras. Como los demás servicios del Estado formaba parte del

complejo de la antigua Escuela Militar de Montaña, ahora designada mediante un topónimo de reminiscencias anglosajonas: el Reducto Gubernamental. A la carrera, ingresamos en esa comandancia desde donde se controlaba el tráfico ferroviario de la ruta Jaca-Oloron. Es decir: del tránsito de un puñado de pasajeros y, en especial, de las cisternas con agua que requería nuestra España a medio desertizar. Semejante dependencia estaba a punto de arruinar al país: a pesar de los numerosos experimentos en curso, los científicos aún no habían desarrollado una técnica viable para fundir ese hielo negro que el frente de glaciación pirenaico delimitaba por debajo de la línea Aralar-Lumbier-Hoya de Huesca-Barbastro. Entre las bajas temperaturas, su particular conglomeración y las tempestades, obtener H₂O era casi una misión imposible.

Nuestra irrupción espolvoreó de partículas blancas lo que tenía pinta de puesto de retén. Al menos, aireamos el denso ambiente de una estancia donde reinaba con descaro el aroma de los porros.

—¡Páez, cierra la puerta de una puta vez! —dijo a modo de saludo un guardia gigantesco de piel negra y ojos inyectados en sangre.

—A ver, Tommy: tranquilito, ¿eh? Y respeta los galones, moreno, que vengo con el *ecolojeta* ese que sale en la tele... ¿Qué va a pensar de nosotros el *fisha*?

Pero debía estar escrito en mármol que mi ingreso en el cuartel de la Guardia de Fronteras no iba a despertar expectación alguna. No sucedería lo mismo con la arribada a la Jacetania de cierta compañera de trabajo.

—¿Y Celeste? ¿Es verdad que ha llegado en el *Osprey*? —preguntaron desde un flanco de la sala. Mientras

me desabrochaba el traje ártico y la careta de neopreno, vi a otro uniformado de aspecto magrebí con un cigarrillo de *grifa* colgando con descuido desde la comisura de sus labios.

—Sí, Ahmed: la pajarita ha venido –intervino Páez con no poca ironía—. Ya la tendrás despelotada en el Hotel Muro, esperando tu noche de amor y desenfreno...

El coloso africano se volvió hacia mí con un interés repentino:

—Oye, tú, el *ecolojeta*: ¿es cierto que Celeste aseguró sus tetas por cien mil eurodollars? ¿Se las has visto? ¿Son las suyas...?

Era el precio de trabajar junto a la *porno-star* más cotizada a este lado del río Ebro: Celeste, recién reciclada de *stripper* del Paralelo barcelonés a presentadora de deportes, naturaleza y aire libre de la Radio Televisión Aragonesa. El verdadero, el genuino, el auténtico puntal de nuestro programa, *Terra estresada*. Quien, consideraciones moralistas aparte, tampoco lo hacía del todo mal..., además de obsequiarnos con un excelente carácter y mejor compañerismo. Daba grima hablar mal de la chica.

—Yo sólo soy el asesor de medio ambiente de la productora... Hemos venido para filmar una crónica sobre la desaparición de la fauna del Parque Internacional de los Pirineos, queremos averiguar dónde han ido los osos, los rebecos, las marmotas... Ya saben, tiene que quedar algún vegetal para mantener la cadena alimenticia. Aunque la mayor parte de los brotes del Pirineo resisten entre los -8 y los -25° C, ciertas plantas inactivas deberían soportar hasta los -80° C. Entonces, los herbívoros no.

—Bueno ¿te la zumbas o qué? —interrumpió con ansiedad el guardia con pintas de Alí-Babá, ajeno a mi improvisada conferencia sobre la teoría de Milankovitch y la migración-adaptación de las especies ante influencias climáticas sosegadas.

—Celeste es una colega del trabajo...

—No se la tira —sentenció, con un punto de desprecio en la mirada, el tal Ahmed.

A partir de ese instante, mi presencia dejó de incumbir a aquellos miembros de la elitista Guardia de Fronteras, quienes se dedicarían a ignorarme. Páez, sonriendo comprensivo, me destinó una palmadita para encarrilarme hacia un pasillo mientras murmuraba por lo bajo.

—Mira que cagar la oportunidad de cepillarse a Celeste... Hala: ¡otro bujarrón que cruza el puente de Triana!

Al rebasar la sala que servía como almacén de útiles montañeros, el sargento me señaló hacia una puerta acolchada, despidiéndose sin mayor ceremonia. Un cartelito sucio indicaba: «Teniente J. Solsona». Tras unos segundos de vacilación, golpeé un par de veces en su moldura de aluminio antes de atreverme a penetrar.

—¿El teniente Solsona...? ¿Puedo pasar, teniente...?

El éxito de las pesquisas que pretendía iniciar sobre el paradero de las especies pirenaicas desaparecidas y, por supuesto, del rodaje del nuevo episodio de *Terra estresada*, dependía en buena parte de aquella entrevista. Por el momento, nadie se dignó en responder a mis educados toquitos.